

sano y salvo, no iba á escapar sin duda á la suerte común. Aquella demolición de todo lo que el antiguo derecho público había establecido, provocaba una sorpresa rayana en estupor. Otra causa no menos grande de asombro era la doctrina nueva que, so pretexto de no intervención, reducía Europa al silencio ó no autorizaba más que una reprobación sin sanción alguna. La diplomacia no tenía ya más refugio que Zurich, sitio designado para las conferencias que habían de transformar en tratado definitivo los preliminares de paz. Allí habían llegado, á principios de agosto, los Sres. de Bourqueney y de Banneville, representantes de Francia, el conde Colloredo (1) y el Sr. de Mysenburg, plenipotenciarios de Austria; algo más tarde llegó el delegado de Cerdeña. Los trabajos se suspendieron pronto. ¿De qué habían de tratar? ¿De la confederación italiana? Nadie se acordaba ya de ella, ni siquiera los que la habían inventado. ¿De las reformas á operar en el Estado pontificio? ¿Buena ocasión de hablar de reformas cuando el propio Estado se disgregaba en pedazos! ¿De la organización del país veneciano? ¿Pero si los vénetos mismos rechazaban desdeñosamente la autonomía y no querían sino la entera independencia! ¿De la vuelta de los archiduques á Florencia y á Módena? Aquí aumentaban los apuros. En Florencia y en Módena Víctor Manuel reinaba ya, al menos provisionalmente, de manera que el plenipotenciario sardo hubiera tenido que deliberar sobre la restauración de aquellos cuya herencia había virtualmente aceptado su rey.

En medio de tal confusión, la crítica se hallaba desconcertada por la abundancia de la materia. La contestación de Víctor Manuel á la delegación de las Romanas había impresionado vivamente al partido católico. En Francia, sobre todo, este partido se mostró irritado, y no distó mucho de considerar la debilidad del emperador como una verdadera defecación; fué el primero que habló en medio de la confusión universal: el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, publicó una elocuente protesta contra los últimos acontecimientos. Otro dignatario de la Iglesia, destinado á adquirir en los años siguientes una ruidosa celebridad, prelado adicto á las doctrinas ultramontanas más extremadas, fogoso en sus escritos, ocurente y brillante en sus conversaciones, piadoso y benévolo en su vida privada, pero implacable con la pluma en la mano, monseñor Pie, obispo de Poitiers, entró también en liza, publicando á últimos de septiembre una *Carta á su clero* en que denunciaba con vehemencia la obra de expoliación que se estaba realizando en las Romanas. Una vez dada la señal, siguieron muchos obispos, y se sucedieron los mandamientos, invadiendo el terreno de la política, so pretexto de que la política había invadido antes el terreno de la religión. Esas piadosas quejas disgustaron en las altas esferas del gobierno. Un agente del ministerio del Interior fué á las oficinas del *Univers* é invitó á su redactor en jefe á que se abstuviese de publicar las pastorales. «Nos ruegan respetuosamente, escribió Luis Veuillot, pero bajo pena de muerte.» Desde aquel momento los periódicos católicos se limitaron á citar los títulos de las pastorales, atrevimiento que todavía disgustó al gobierno, por cuan-

(1) Colloredo fué reemplazado más tarde por el conde Karolyi.

to, según el *Monitor*, «la intención era reprehensible.» Así empezó la lucha entre el imperio y el clero. Los católicos, ya muy animados, se creían en lo más recio de la batalla: se engañaban; aquello no era más que las primeras escaramuzas, tan grandes eran las decepciones que les reservaba el porvenir.

El emperador se encontraba todavía en Biarritz. A su regreso á París, estaba resuelto á detenerse en Burdeos, y como la recepción de las autoridades oficiales había de dar motivo á un discurso, sus palabras eran esperadas con impaciencia. Era entonces arzobispo de Burdeos monseñor Donnet, sacerdote de espíritu vulgar, pero muy bueno, muy popular en su diócesis, muy influyente, aunque capaz de independencia, cardenal, senador, miembro del consejo privado, de jerarquía bastante elevada para ser el depositario de los más augustos pensamientos. Llamado á arengar al príncipe, el prelado mezcló muy hábilmente los consejos con las lisonjas. Empezó alabando á Napoleón por sus recientes victorias, y á seguida recordó el viaje de 1852 y el famoso discurso que años atrás, en aquella misma ciudad de Burdeos, anunció á Francia el imperio pacífico, conservador y cristiano. Partiendo de aquí, el cardenal, con una insistencia no exenta quizá de malicia, recordó al monarca sus precedentes declaraciones en favor del Padre Santo. No defendió la causa del papa con sus propios argumentos, sino con extractos de los discursos imperiales. Monseñor Donnet añadió con una gravedad mezclada con un poco de tristeza: «Rogamos, señor, con más fervor que antes, si es posible, para que Dios os facilite los medios, como os ha dado la voluntad, de permanecer fiel á esa política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre y que es quizá el secreto de la prosperidad y de las glorias de vuestro reinado.» Al terminar, el arzobispo, despojando su pensamiento de todo velo, exhortó al emperador á que pusiera término á las ansiedades del mundo católico. Aunque muy respetuosa, la intimación era terminante. La contestación, á través de toda clase de ambigüedades y rodeos, dejó vislumbrar ligeras señales de una orientación nueva. El emperador empezó por «felicitar al arzobispo por lo bien que comprendía su alta misión y procuraba fortalecer la confianza en vez de sembrar inútiles alarmas.» Después de esta lección á los prelados que tomaban á los periódicos por confidentes, el emperador manifestó «la firme esperanza de que una nueva era de gloria se abriría para la Iglesia, si todo el mundo estuviese persuadido de que el poder temporal del Padre Santo no se oponía á la libertad ni á la independencia de Italia.» El tema se prestaba á un magnífico desarrollo, y de aquella idea podía salir todo un programa, quizás fecundo y luminoso. El monarca cambió bruscamente de asunto y aseguró que el Padre Santo no recibiría de él más que «consejos inspirados en la más sincera, en la más respetuosa abnegación.» De toda la arenga imperial, el pasaje que más llamó la atención fué la alusión al día no lejano en que las tropas francesas evacuarían los Estados romanos. «Cuando nuestro ejército se retire, ¿qué dejará en pos? ¿la anarquía, el terror ó la paz?» Después de entreabrir tan inquietantes perspectivas, el emperador escurrió de nuevo el bulto y, como era natural en una arenga dirigida á un arzobispo, terminó con estas palabras llenas de unción: «Hemos de buscar

con calma la verdad y rogar á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes para el prudente ejercicio de sus derechos y acerca de la extensión de sus deberes.» Este llamamiento á la Providencia era muy edificante, pero no contenía nada de lo que se deseaba saber. La cuestión italiana era ya de por sí muy compleja. ¿Qué iba á resultar si se complicaba de veras con la cuestión romana?

El 12 de octubre, Napoleón regresó á París, donde encontró un verdadero congreso de italianos notables, ávidos de hacer hablar al esfinge. El 16 les dió audiencia. En primer lugar recibió á los enviados de Parma, y después de haberles asegurado que serían piemonteses, les despidió encantados. Luego fueron introducidos los delegados de Florencia, que eran los Sres. Peruzzi, Corsini, que venía de Londres, y Matteucci, que acababa de llegar de Turín. Corsini leyó su mensaje, al que contestó el emperador recordando los compromisos de Villafranca. Dijo que cedería por lo que tocaba á Parma, y trasladaría la duquesa de Parma á Módena, donde su hijo podría casarse con la sobrina del duque Francisco V. Respecto á Toscana, explicó, con muchos miramientos, que estaba muy comprometido; que la vuelta del gran duque se imponía, mediante una constitución y la adopción de una bandera nacional. Después de haber hablado así, Napoleón procuró suavizar su negativa. Proclamó el principio de la no intervención, habló de las misiones de los Sres. Reiset y Poniatowski, pero casi excusándose, diciendo que llevaban el encargo de ejercer una acción conciliadora y que «si habían hecho más, se habían excedido.» El monarca habló muy libremente de los príncipes destronados. Tuvo frases muy favorables para el hijo del gran duque, aunque las mezcló con un poco de ironía. Del duque de Módena dijo estas simples palabras: «No tengo motivos para quererlo mucho.» La duquesa de Parma le inspiraba un interés simpático: «No la conozco, pero el Austria no le tiene afecto.» El emperador levantó la audiencia, dejando á los delegados muy perplejos. Seguramente se les desatendía; pero la desobediencia sería tan poco peligrosa como cándido sería el someterse. El ministro sardo de Negocios extranjeros, Sr. Dabormida, recibido por el emperador dos horas después, se separó del monarca con la misma impresión, según se dijo. «Napoleón está ligado con Austria, escribió, pero no maldecirá la mano que lo desligue (1).»

Cuatro días después, un documento que puede llamarse oficial, aunque no figuró en *El Monitor*, formuló lo que se consideraba como la política del gobierno francés. El *Times*, y después de este periódico inglés el *Constitutionnel* (2), publicaron una carta del emperador, dirigida en 20 de octubre al rey Víctor Manuel. Napoleón persistía en mantener las estipulaciones de Villafranca. Sólo sobre un punto admitía que fuese derogado. La Cerdeña obtendría el ducado de Parma, y la duquesa de Parma sería trasladada á Módena; si los italianos limitaban á esto sus deseos, el Austria no sería menos generosa y aseguraría á Venecia libertades tan amplias que esa autonomía sería sinónima de independencia. Además, en los Estados restaurados se promul-

(1) Partes del Sr. Peruzzi al Sr. Ricasoli, 16 y 17 de octubre de 1859. (Bianchi *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 597-608).

(2) Véase el *Constitutionnel* de 31 de octubre de 1859.

garían reformas bastante extensas para satisfacer á todas las aspiraciones legítimas. Tal era en globo la carta imperial. Al día siguiente de Villafranca, cuando dominaba el temor de perderlo todo, quizá la hubieran atendido. Ahora la carta no pareció más que una importuna repetición. Todo el mundo se afirmó cada vez más en la idea de que había dos políticas: una, imperiosa en la forma, pero impotente, la de Walewski, que ya caía en descrédito; y otra, á veces reprensiva, pero nunca hasta la hostilidad, y siempre generosa á la hora del verdadero peligro, la del emperador. Era la primera de estas dos políticas la que acababa de manifestarse. La segunda se condensaba en los informes de los agentes secretos que, bajo amenazas benignas, habían adivinado, mucho tiempo hacía, el buen deseo ó al menos la tolerancia. Entre los italianos, las razones para esperar superaban á las razones para temer. Los unos decían: «El emperador nos dejará hacer;» y añadían los otros, forzando algo la nota, á mi juicio: «La mejor manera de agradecerle es resistirle.»

## IV

Dos cosas favorecían entonces á la Italia central en la empresa que perseguía.

Desde luego tuvo la previsión de asegurarse una fuerza militar, no muy importante, pero suficiente para intimidar á sus enemigos. En agosto formóse entre los cuatro Estados de Florencia, Módena, Parma y Bolonia, una *liga* para la defensa común. La Toscana había de aportar 10.000 hombres; Módena y Parma, 4.000 cada una; y Bolonia, 7.000. Políticos imprudentes hubieran nombrado á Garibaldi jefe de esta liga; tal desacierto se evitó. Se necesitaba un general capaz de organizar sólidamente las tropas y bastante correcto para no despertar los recelos de Europa. Víctor Manuel proporcionó á la liga uno de sus tenientes generales más apreciados, el general Fanti, que tuvo por segundo á Garibaldi. Oficialmente, el general Fanti abandonó el servicio del Piemonte; pero estaba convenido que, cuando quisiera, recobraría en el ejército sardo su grado y su antigüedad (3). Tras de él llegaron, en las mismas condiciones, numerosos oficiales sardos, encargados de crear los cuadros ó reforzarlos. A últimos de septiembre, el ejército contaba, según se aseguró, unos 30.000 hombres.

La cuestión era mantener el orden público é impedir sobre todo cualquier tentativa de restauración.

Los gobiernos provisionales de la Italia central explotaron hábilmente otra circunstancia favorable. Tan pronto como vio algunas fuerzas organizadas, Garibaldi, segundo comandante de la *Liga*, concibió toda clase de proyectos, principalmente el de libertar á las Marcas y penetrar hasta los Abruzos á través del Estado pontificio. Fanti y Farini no desecharon de pronto el proyecto, pero, escuchando prudentes consejos de Florencia y de Turín, lo abandonaron luego. Garibaldi se obstinó é intimó un día á Farini que le cediese la dictadura. Farini no cedió, y Garibaldi, retirándose de la *Liga*, se alejó á fin de perseguir en otra parte, como más tarde

(3) Carta de Rattazzi, ministro del Interior, al general Fanti, 23 de agosto de 1859 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 578).

veremos, la realización de sus planes. Los italianos sabían sacar partido de todo, hasta de sus disensiones intestinas. Lo que parecía contratiempo les favoreció. Rápidamente los innovadores de ayer se convirtieron en gendarmes. La consigna fué presentar á los gobiernos de Florencia, Bolonia, Parma y Módena, como verdaderos garantes de la tranquilidad pública. Sin la constante energía de las autoridades, ¡qué de desórdenes no hubieran estallado en países mal gobernados desde hacía tanto tiempo, y donde los excesos del pasado habían acumulado en los corazones terribles deseos de venganza! Si los poderes existentes se retirasen, las provincias abandonadas no acudirían á sus antiguos príncipes, sino que irían á la revolución. Resultaría la anarquía en el interior, y en el exterior el triunfo de los proyectos garibaldinos y algo peor tal vez. Así se expresaban todos los informes enviados de Turín á París; informes que podían resumirse en estas palabras: lo que el emperador regatea á Víctor Manuel corre el riesgo de entregarlo á Mazzini.

Tales eran, en noviembre, los gobiernos de la Italia central. Habiéndose hecho fuertes por la astucia, la perseverancia y la habilidad, se creyeron en condiciones de poder intentar una combinación que, en caso de éxito, consumaría virtualmente la anexión.

Esta combinación consistía en reunir los cuatro Estados bajo la regencia provisional de un príncipe de la casa de Saboya, el príncipe de Carinián. El proyecto no era nuevo. En 28 de septiembre se había suscitado en un conciliábulo entre varios representantes notables de las Romañas, de Toscana y de los ducados: en Turín, el Sr. Fabrizi en nombre de Florencia y el Sr. Minghetti en nombre de Bolonia, habían hablado varias veces del mismo proyecto con los ministros: Cavour se había mostrado favorable á la combinación, y se decía que Inglaterra trabajaba en favor de ella. Pero había sido aplazada por temor de contrarrestar demasiado abiertamente al emperador. En esto los manejos garibaldinos habían parecido proporcionar un pretexto para volver á proponer aquel mismo plan como un medio de agrupar, bajo una dirección única, á todos los hombres del partido del orden, y como una manifestación monárquica opuesta á los manejos revolucionarios. El argumento era ingenioso. En Parma, Módena, Bolonia y Florencia, las Asambleas fueron convocadas y votaron un mensaje que confería la regencia al príncipe de Carinián. Era anticiparse á la decisión de Europa hasta el punto de hacerla inútil. ¿Qué sería el príncipe de Carinián sino el lugarteniente general que precedería al rey? ¿Y qué congreso podría expropiar á la Cerdeña de unas provincias que dominaría, no ya por medio de sus agentes oficiosos, sino por medio de un príncipe de la casa real?

El emperador se hallaba en Compiègne cuando supo el nuevo atrevimiento. A pesar de sus indulgencias con Italia, telegrafió, el 9 de noviembre, á Víctor Manuel en los siguientes términos: «Mi opinión es que Vuestra Majestad debe rehusar la regencia. El congreso va á ser convocado; sólo él puede zanjar las dificultades presentes. Si Vuestra Majestad permite al príncipe Eugenio que acepte, el congreso no se verificará, y como la culpa será de Vuestra Majestad, no os podré apoyar. Mostrad energía y probad que la paz firmada es

cosa seria. Obrando de otro modo perderéis á Italia (1).»

El aviso era demasiado imperativo para que el gobierno piomontés lo desatendiese. Pero he aquí la clase de obediencia que imaginó. El 11 de noviembre celebróse un consejo al cual asistieron los ministros y varios personajes notables, y entre ellos Cavour, el ministro de ayer y de mañana. El ilustre hombre de Estado opinó que el príncipe de Carinián declinase la elección de las Asambleas: al mismo tiempo propuso un expediente que reducía á una concesión de pura forma el acto de deferencia á Napoleón. El príncipe recibiría á las diputaciones, invocaría, para rehusar sus ofrecimientos, altas razones de conveniencia política, pero tendría buen cuidado de dar á su negativa un carácter puramente personal y añadiría que, para satisfacer al deseo público, delegaba sus poderes en un mandatario que desempeñaría la regencia en su puesto. Este mandatario había de ser el caballero Buoncompagni. El proyecto fué enérgicamente combatido por el ministro de Negocios extranjeros, Sr. Dabormida, quien lo calificó de prestidigitación, diciendo que Francia no sería tan ciega que no viese la burla bajo la fingida obediencia. Cavour insistió, y, á pesar del peligro de semejante conducta, su propósito prevaleció. Salió del congreso muy irritado contra Dabormida, diciendo que éste era de una timidez y de una irresolución deplorables. «Vivimos en una época, añadió, en que, sin audacia, se pierden los Estados y los hombres que los gobiernan (2).»

El emperador practicaba, respecto á Italia, una especie de resistencia que retrocedía siempre, excusándose, de ser tal resistencia. Esta vez mostróse muy descontento del escamoteo que substituía al príncipe de Carinián por el Sr. Buoncompagni; pero se guardó muy bien de llevar su desaprobación hasta el *veto*, sino que, por el contrario, insinuó en seguida el medio por el cual se le podría apaciguar. Telegrafió á Víctor Manuel: «Haga al menos Vuestra Majestad de modo que el caballero Buoncompagni tenga el título de dictador y no el de regente.» Pocos días después parecieron haberse disipado todas las nubes, y los periódicos oficiosos, *La Patrie* y el *Constitutionnel*, empezaron á juzgar la combinación nueva con una imparcialidad muy favorable. «La designación del Sr. Buoncompagni, decía *La Patrie*, es un obstáculo para las eventualidades revolucionarias que pudieran comprometer la causa de Italia, y es, por consiguiente, una garantía para la independencia del congreso (3).» ¡Cosa singular!, el único que encontró que se habían burlado de él fué el imperioso Ricasoli. Las asambleas habían votado la regencia del príncipe Carinián; por consiguiente era á éste á quien esperaban, y no á otro. «O el príncipe ó nada,» telegrafió Ricasoli á Turín (4). El jefe del gobierno toscano estimaba que el Piamonte descuidaba los intereses de la Italia central y se dejaba llevar demasiado á remolque de Francia. Cambiáronse numerosos mensajes entre Turín y Florencia, y fué necesaria la intervención de

(1) Véase Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 230.

(2) Luis Chiala, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCLXV y pág. 149.

(3) *La Patrie*, 22 de noviembre. — Véase el *Constitutionnel*, 21 de noviembre. — Véase también el *Monitor*, 23 de noviembre.

(4) Despacho del 14 de noviembre al Sr. Minghetti (*Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo IV, pág. 20).

los más altos personajes para calmar las cóleras del irascible barón.

Mientras Buoncompagni, gobernador general, preparaba su entrada en las nuevas provincias, otros hacían, con menos boato, un viaje bastante melancólico. Eran los plenipotenciarios que volvían de Zurich, después de haber firmado el tratado. Sus conferencias habían durado mucho tiempo, pero á menudo fueron los acontecimientos los que se encargaron de solucionar las cuestiones continuadas en su orden del día. Habían señalado la frontera entre Lombardia y Venecia y determinado ciertos arreglos financieros; después, tristemente y sin ilusión, habían consiguado en estilo diplomático una infinidad de cosas que ni siquiera habían esperado que se las registrase para morir. El Sr. Buoncompagni, llegando á la Italia central como verdadero heraldo de su monarca, como verdadero mensajero de anexión, era la imagen del nuevo derecho que hacía esperado su entrada en el mundo y que, después de haber transformado la península, triunfaría más tarde en otros puntos. Los diplomáticos que traían de Zurich un instrumento de paz ya caduco, eran los representantes del derecho antiguo, del derecho de los tratados, de aquel viejo derecho que, en la distribución de los territorios, no habían tenido bastante en cuenta las afinidades de los pueblos, pero que veía castigadas sus faltas con exceso, pues los homenajes oficiales que aún se le tributaban no lograban disimular su irremediable descrédito.

## V

No quedaba más que una débil esperanza: un Congreso que pesase el derecho antiguo y el derecho nuevo y á fuerza de habilidad y paciencia les pudiese de acuerdo. ¡El Congreso! Esta palabra se encontraba en todos los labios, y en todas las cortes se esperaba la convocatoria. Pero en San Petersburgo, en Berlín, en Viena y en Londres las disposiciones eran muy diferentes, tan diferentes que iban á entorpecer un poco la obra final.

El gobierno ruso afectaba contemplar con impasibilidad unas revoluciones que se realizaban tan lejos. La desgracia de Austria había satisfecho sus rencores. El resto no le afectaba directamente. Al zar, príncipe cismático, le importaba poco el papa. Ni en Florencia ni en Módena el emperador Alejandro estaba unido por alianzas de familia á las casas reinantes. La duquesa de Parma le inspiraba más interés, sin que éste llegase á la solicitud. Sobre uno solo de los Estados italianos se preciaba de ejercer su patronato, sobre el reino de las Dos Sicilias, que aún no se hallaba amenazado. Seguramente Rusia no iba á aceptar como una tesis de derecho público el principio de no intervención; seguramente iba á levantarse, en nombre de la solidaridad de las coronas, contra los hechos consumados. Pero sus protestas iban á ser formuladas indudablemente sin pasión ni cólera, prestándose ella á todo temperamento que salvara las apariencias y evitase un escándalo.

En Prusia, ciertos espíritus observadores empezaban á encontrar que varias pequeñas capitales alemanas tenían una extraña semejanza con Florencia, Bolonia y Módena; de ahí meditaciones profundas, pero generalmente silenciosas, pues la idea era aún vaga, como un sueño, y había de transcurrir mucho tiempo antes de

que revistiese su forma precisa y brutal. Pero esos pensamientos todavía no habían penetrado en las esferas oficiales al extremo de influir en las resoluciones. El barón de Schleinitz, jefe del gabinete, sin dejar de reconocer la dificultad de reponer á los príncipes destronados, era partidario de su restauración. A las objeciones del ministro de Cerdeña, Sr. de Launay, el jefe del gobierno replicaba invocando los trastornos que no dejarían de surgir tarde ó temprano en la Italia central. Sin duda, escuchaba atento cuando el encargado de Negocios sardo le explicaba las afinidades que existían entre el Piamonte y Prusia, y demostraba que los engrandecimientos de aquél serían un pretexto para las invasiones de ésta; pero, aunque algo turbado por aquellas perspectivas lejanas y grandiosas, volvía á fijar pronto su atención en asuntos más próximos y más modestos. Daba á entender además que el amor del príncipe reinante al principio de legitimidad no permitía la aprobación de las empresas recientes. El lenguaje de Schleinitz indicaba bien la opinión entonces general en Berlín. La Prusia, que aún no veía de un modo claro sus futuros destinos, sostendría el derecho de los tratados; en cambio, no adquiriría ningún compromiso que pudiese estorbarle. Era egoísmo de su parte. Pero era prudencia también; y como última gran potencia, estimaba que había de ser también la última en comprometerse.

Los austriacos no podían decirse desinteresados como los rusos, ni equivocarse como los prusianos. En ellos dominaba el profundo, el inmenso pesar de ver sin vigor aquellos tratados de 1815, sellados en Viena y tan provechosos para su imperio. A eso se unía la indignación contra las empresas de Cerdeña. Los ministros vieneses no se cansaban de señalar los actos de violencia ó de astucia que habían viciado, al decir de ellos, las pretendidas manifestaciones del sufragio. Afirmaban, con un poco de complacencia para consigo mismos, que el tiempo y la reflexión volverían á poner todas las cosas en su punto. No se negaban á conceder á Venecia las franquicias más amplias; pero hacían observar que todo tratado tiene un carácter sinalgmático y no debe ejecutarse por una de las partes, mientras la otra lo declara nulo ó caduco. Denunciaban á los comités constituidos en Milán y que enviaban emisarios hasta al Tírol. Negaban que los venecianos emigrasen en masa. Irritado ó desdichoso respecto á Italia, el gobierno austriaco se mostraba correcto y hasta cordial con Francia. La presencia de Walewski en el ministerio de Negocios extranjeros parecía una garantía de buenas relaciones. La nota del 9 de septiembre, inserta en *El Monitor*, había sido considerada como un homenaje á la política de los tratados, y aunque los hechos desmintieran estas declaraciones, se fingía no ver ó ignorar el contraste. Esta moderación era para el Austria una necesidad: poco segura de la Prusia y de la Rusia, abandonada por su antigua amiga la Inglaterra, ¿qué le quedaría si no estuviese en buenas relaciones con Napoleón? Una causa particular le hacía menos pensosa la deferencia con su rival, y es que veía á Francia casi tan embarazada con sus victorias como molestada se sentía ella por sus fracasos, y esta pequeña revancha le servía de consuelo.

Esa mezcla de mal humor y de resignación indicaba las disposiciones que Austria llevaría al congreso. En

principio lo consideraba inútil, puesto que los tratados nada tenían de ambiguo y no necesitaban interpretación para nadie que supiese leer. Sin embargo, iba á prestarle á él por consideración á Francia, por condescendencia con Europa y á fin de que no se la pudiera acusar de obstinación. Procuraría reducirlo á proporciones modestas y fortalecer en él los elementos conservadores. Todas las potencias firmantes de los tratados de 1815 habían de ser representadas en el congreso; el programa tenía que ser trazado de antemano y no se había de salir de él bajo ningún pretexto; el fin consistiría en confirmar los antiguos convenios, muy lejos de destruirlos. Tales eran las miras bastante moderadas que prevalecían en Viena. Sin embargo, una circunstancia particular acababa de poner á prueba la longanimidad de los ministros austriacos. El voto de las asambleas en favor del príncipe de Carinián y el nombramiento del señor Buoncompagni habían sido considerados como intolerable osadía. ¿A qué venía el congreso, si de tal modo eran juzgadas sus decisiones? Bajo esa impresión, se había agriado aún más el lenguaje respecto al Piamonte y era menos conciliador respecto á Francia.

Combatidos por el Austria, los sardos encontraron cerca de los ingleses un patronato más afectuoso que el de Francia, más ruidoso y más demostrativo.

Entonces fué cuando Inglaterra se propuso persuadir al mundo de que Italia se había formado, no con la sangre de Magenta ó Solferino, sino con las declamaciones de los mitins ó la tinta de las imprentas de la Cité.

El principal instrumento de esa política fué lord John Russell. Sus simpatías por Italia eran antiguas. A principios de 1857, invernando en una villa cerca de Florencia, su casa era el punto de reunión de todos los liberales (1). Habiendo sido derrotado el gabinete tory en el Parlamento, el 10 de junio de 1859 lord Russell fué encargado de la cartera de Relaciones extranjeras en el ministerio whig presidido por lord Palmerston. Apenas había tomado posesión de su cargo cuando la paz le sorprendió como á todo el mundo. Jefe del *Foreign Office*, lord John Russell resintióse de que se hubiese arreglado sin él una cuestión tan considerable. Adicto á todas las tradiciones de la Inglaterra aristocrática y protestante, mezclando con tendencias muy liberales ideas muy rancias, estaba instintivamente celoso de Francia y continuaba en el activo de la Gran Bretaña todo lo que era decepción ó humillación para nosotros. Más pedagogo que diplomático, llevaba á un grado singular el arte de exponer sabiamente, después de consumados los hechos, lo que hubiera debido hacerse y no se había hecho. Con tales tendencias, Russell no tuvo necesidad de buscar largo tiempo su senda. Empezó por criticar en globo y en detalle toda la obra de Villafranca, ingeniándose en mostrar á los italianos todo lo que la generosidad de Napoleón había tenido de incompleta. Luego adoptó respecto á Italia una línea de conducta que consistiría en sobrepujar á Francia en benévolas intenciones y en promesas, á fin de que desapareciesen poco á poco las huellas de nuestros servicios.

Todas las deliberaciones y todos los actos del *Foreign*

(1) Véase Spencer Walpole, *Life of lord John Russell*, tomo II, pág. 278.

*Office* obedecían á ese mismo pensamiento. El primer juicio de Russell sobre los príncipes destronados fué que no existían contra ellos cargos suficientes para justificar su caída: después de haber hablado así, se apresuró á reducir este juicio á una opinión inofensiva, y no tardó en formular el principio de no intervención. Los italianos vieron en seguida el juego y se aplicaron á mantener la competencia entre sus dos protectores, apoyándose en las concesiones hechas en París para obtener en Londres concesiones más amplias, y viceversa. En esa lucha Inglaterra llevaba ventaja, pues Francia, después de haber dado tanto, se veía á veces obligada á negar alguna cosa, mientras que Inglaterra, que nada había dado, no negaba nada de lo ajeno. Además reinaba en Francia entre los diplomáticos de profesión un temor real de complicaciones futuras: de ahí objeciones y censuras que, en el ministerio de Negocios extranjeros, se manifestaban con dureza y se escapaban de tarde en tarde, hasta de los labios del emperador. Cuando los agentes sardos, toscanos ó romanos, así vejados ó mal sostenidos en París, llegaban á Londres, ¡qué buena ocasión para consolarlos, reanimarlos y determinar así un paralelo favorable á la Gran Bretaña! Lord Russell y lord Palmerston procuraban no limitar ninguna ambición, ni quitar ninguna esperanza y afectaban no ver ninguno de los peligros que no podían alcanzar á Inglaterra. Se mofaban de Walewski y le oponían las frases del embajador de Francia, Sr. de Persigny, que, según decían, manifestaba en Londres lo contrario de su jefe. Les parecía muy natural la creación de un gran reino al Norte de la península, de un *reino de Italia*, denominación nueva entonces, que llenaba de estupor á los diplomáticos de carrera. Si se hablaba de los trastornos que podían estallar en la Italia central, Russell contestaba que los verdaderos culpables eran los plenipotenciarios de Zurich, los cuales con sus lentitudes prolongaban la incertidumbre, y que hacía tiempo que en aquellas provincias se hubiera restablecido el orden si Víctor Manuel hubiese podido obrar libremente.

En ese trabajo para suplantar y sobrepujar á Francia los ingleses tenían otra ventaja. En París los salones se mostraban francamente hostiles y la prensa estaba muy dividida y muy perpleja. En Londres, por el contrario, estaba de moda hablar de la unidad italiana. En la prensa, en los mitins, en todas partes se la ensalzaba y en los escaparates se exhibían retratos de Garibaldi á quien los turistas ingleses obsequiaban con flores en Niza. Este movimiento de opinión se hallaba mantenido por toda clase de agentes muy influyentes, el más importante de los cuales era Panizzi, nacido en Italia, director del *Bristich Museum* é infatigable en sus manejos por su patria.

En la confusión italiana, lo que más encantó á Russell fué la perspectiva de los apuros del papa. Esto le proporcionaba la doble satisfacción de desorientar á los católicos de Francia y de mortificar á los papistas del orbe entero. Admirablemente sostenido por lord Palmerston, Russell juzgó pronto que las Romañas le eran inútiles al papa; y después se dijo: ¿De qué le sirven las Marcas? El pontífice, añadió, podría también pasar sin Foligno y sin Perosa. Poco á poco el círculo se estrechaba al extremo de no dejar á la dominación cleri-

cal más que Roma y sus alrededores. Si el papa cedía, se mofarían de su debilidad, y si resistía, lo declararían intratable. Por lo demás, la expropiación no se llevaría á efecto sin indemnización. Cuando los ingleses despojaban en las Indias á un rajá doraban su esclavitud. Lo mismo se haría con el papa. Comparada con esta solución tranquilamente radical y formulada por Russell desde fines de julio (1), ¿qué significaban los despachos del emperador predicando las reformas y creyendo hacer mucho si algún día, después de muchas vacilaciones, toleraba la separación de las Romañas?

Tales eran, en otoño de 1859, los manejos de Inglaterra, manejos que hacían prever el papel de la Gran Bretaña en el Congreso. Russell iba á ser el consejero, el patrono, el abogado de Cerdeña; iba á contrabalancear la influencia contraria del Austria, y anticipándose y ampliando los propósitos de Francia, iba á obligar á ésta á no detenerse.

A pesar de este apoyo, el papel del Piamonte en las conferencias iba á ser demasiado difícil para desperdiciar ningún medio de éxito. Lo que más preocupaba en Turín era la elección del negociador que representase á Cerdeña. Un plenipotenciario parecía indicado: éste era el hombre ilustre que años atrás, en el Congreso de París, había sostenido con tanta destreza y fortuna la causa de su país; pero ¿se atreverían á emplearlo?

Cavour, en efecto, tenía en contra su propia grandeza. Hacia él se dirigían todos los pensamientos, y él dominaba toda la política que ya no dirigía oficialmente. En la marcha ordinaria de las cosas los consejeros del rey, y el rey mismo, no dejaban de alegrarse de escapar á tan absorbente tutela. Pero desde el momento que surgía algún acontecimiento grave, se volvían instintivamente hacia aquel hombre fecundo en recursos y á quien nada desconcertaba. Desde que había regresado de Suiza, Cavour vivía habitualmente en su finca de Leri, pero recibía numerosas visitas, y hasta en aquel retiro parecía el verdadero árbitro de su país. Mostrábase reservado, hablaba mal de los ministros sus sucesores, le gustaba sobre todo oír hablar mal de ellos y no exceptuaba más que á Damorbida, á quien apreciaba mucho, aunque lo consideraba inferior á su misión, y á La Mármora, su fiel amigo. Adivinábase en él cierto deseo de actividad. A últimos de noviembre partieron de París y Viena las invitaciones al Congreso, cuyo objeto consistiría en «recibir comunicación del tratado de Zurich y determinar los medios de pacificar la Italia central.» Cavour esperaba. Inglaterra lo llamaba. Austria lo temía. En Francia Walewski lo combatía con todas sus fuerzas. Y Napoleón ¿qué deseaba? No se sabía á punto fijo. Un agente piomontés que se daba entonces mucha importancia, el Sr. Vimercati, enviaba de París noticias favorables: pero el caballero Des Ambrois escribía que nada había podido averiguar y que, á juzgar por ciertas palabras de la emperatriz, el ex ministro sardo parecía ser más temido que deseado (2). Hasta en el Piamonte existía un partido que se inclinaba á empequeñecer á Cavour y á ensalzar excesivamente á

Rattazzi. El mismo rey se mostraba á veces poco inclinado á encumbrar de nuevo á su poderoso súbdito, ya porque recordara su carácter despótico, ya porque le guardase rencor por las escenas de Villafranca (3). Cavour afectó disfrutar mucho de la vida retirada y solitaria, como si hubiese desdeñado lo que tardaban en ofrecerle. En 7 de diciembre el Sr. Nigra fué á verlo, no para anunciarle su nombramiento, sino para suplicarle, de parte de Dabormida, que tuviese paciencia. Cavour celebró de nuevo sus aficiones campestres. La verdad es que el Piamonte era demasiado pequeño para tan grande embajador, y que hacerle sentar á la mesa de las conferencias era proclamar por ende que no se detendrían hasta haber acabado de constituir á Italia. En 21 de diciembre Dabormida, á fuerza de instancias, logró obtener del rey el nombramiento de Cavour (4). Al día siguiente Nigra volvió contentísimo á Leri, portador del decreto. El Congreso, según autorizados informes, había de abrirse á principios de enero. Cavour hizo rápidamente sus preparativos de marcha. Pocos días después escribió al Sr. de la Rive: «Si vais á París este invierno, me encontraréis en el hotel Bristol; me he reservado precisamente las habitaciones que en 1856 ocupaba el conde Buol, porque ya sabéis que siempre me ha gustado invadir el territorio austriaco (5).»

## VI

El hotel de Bristol había de esperar en vano á su huésped. Hacía días que el corresponsal francés del *Times* anunciaba la aparición de un folleto sobre las cuestiones italianas y romanas: decíase que este folleto era obra del mismo autor que publicó en enero de 1853 el libro titulado *Napoleón III y la Italia*. Como este escrito había sido inspirado al Sr. de la Gueronniere por el propio emperador, creyóse que Napoleón quiso exponer otra vez sus propósitos por vía de la prensa: con tal motivo reinaba grande expectación en el mundo político. Así preparadas las cosas, el *Constitutionnel* anunció, en 22 de diciembre, la publicación, con una solemnidad propia para interesar á los menos curiosos. Aquella misma tarde, el folleto apareció en los escaparates de las librerías con este título: *El papa y el congreso*. Pronto estuvo en todas las manos. ¿Quién era su autor? El *Morning-Past* lo atribuyó sin rodeos al Sr. de la Gueronniere. El *Times* lo llamó el *Manifiesto del gobierno francés*. Los numerosos extractos reproducidos por la prensa y el tono deferente de los periódicos oficiosos confirmaron el rumor de que un personaje augusto, si no había dictado las palabras, había trazado el plan y precisado las miras. Como ningún mentís oficial ó indirecto vino, en los días siguientes, á contradecir la opinión general, la creencia se trocó en certeza. Algún tiempo después, Villemain escribió con transparente ironía: «Se comparó el folleto con *La Imitación de Jesús*, sin duda para dar á comprender la grandeza de una obra cuyo

(3) Véase Massari, *La vita ed il regno di Vittorio-Emmanuele II*, tomo II, pág. 64.

(4) Carta del general Dabormida al caballero Des Ambrois, 22 de diciembre (Chiala, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCXCVIII).

(5) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 164.

(1) Véase *Correspondance respecting the affairs of Italy*, páginas 20-21.

(2) Cartas del caballero Des Ambrois al general Dabormida, diciembre de 1859 (Chiala, *Lettere di Camillo Cavour*, tomo III, pág. CCXCVII y notas).